

CHILE

Programa de Patrimonio Cultural  
de la Cooperación Española

## Las iglesias de Chiloé

LA RECUPERACIÓN DE DESTREZAS TRADICIONALES





## Las iglesias de Chiloé: SU IMPORTANCIA EN EL CONTEXTO DEL PATRIMONIO DE CHILE Y LATINOAMÉRICA

Achao, Interior  
de la Iglesia de Santa Ana

### EL ESCENARIO

Al sur de Chile, donde América se quiebra en múltiples islas y canales que el frío y la lluvia no abandonan, donde la cordillera de los Andes con sus hielos eternos que se precipitan al océano más vasto del planeta, se encuentra el archipiélago de Chiloé. El azul bravío de sus mares y el verde profundo de sus bosques fueron su marco milenario. Chiloé fue poblado por los indígenas americanos hace miles de años, quienes supieron adaptarse y desarrollar una particular cultura en estas tierras de mar. Hace quinientos años nuevos pobladores venidos del Viejo Mundo continuaron esa aventura, fundando pequeños poblados, los más australes y aislados del imperio español en América. La soledad forzada obligó a ambos pueblos a una convivencia relativamente pacífica en tiempos en que la conquista significó la esclavitud y el etnocidio en gran parte del continente. Con los siglos, ambas culturas se mezclaron, creando una forma de ser y de vivir particulares, que hasta el día de hoy se diferencian de las del resto de Chile continental.

El archipiélago de Chiloé se extiende entre el canal de Chacao y el golfo del Corcovado, que lo separa de los infinitos fiordos y canales de la Patagonia Occidental. La Isla Grande de Chiloé, en donde hoy se ubican las principales ciudades —Ancud y Castro—, vive la mayor parte de su población —unos 100.000 habitantes—. Hacia el este de la Isla Grande se ubican aproximadamente doscientas islas, unas cincuenta de las cuales están habitadas por alrededor de 18.000 personas.

En el sector oriental de la Isla Grande protegido de los fuertes vientos, se encuentran las mejores tierras agrícolas, y un mar interior apto para la navegación y la pesca; en definitiva, mejores condiciones para la vida. El sector occidental del archipiélago, expuesto a los vientos fuertes del océano Pacífico, y con una abrupta topografía, está prácticamente deshabitado, manteniendo su pristina vegetación. El territorio estaba cubierto por densos bosques, los cuales dieron un sello particular a la cultura de sus habitantes. Las características geográficas del archipiélago han determinado que la población se concentre en la costa, y que las relaciones entre sus habitantes se hayan realizado tradicionalmente por agua. Hacia el mar están orientadas las iglesias, núcleos fundacionales de la mayoría de los poblados chilotos actuales.

#### LA FORMACIÓN DE LA CULTURA CHILOTA

En el siglo XVI el territorio de Chiloé era habitado por diversas etnias indígenas, siendo mayoritarios los *chonos* y los *huilliches*. Estos últimos habían poblado el archipiélago con posterioridad, desplazando a los *chonos*, que eran principalmente nómadas recolectores de productos marinos. Los individuos de estas etnias se comunicaban entre sí predominantemente por mar, en embarcaciones llamadas *dalcas* o *piraguas*. Tenían sus viviendas junto a playas y bosques, sin constituir aldeas. Se organizaban familiarmente en clanes, con un cacique o *lonco* por líder. Cultivaban la papa —tubérculo autóctono—, el maíz y la quinua; dedicándose también a la pesca y recolección terrestre y costera.

Los españoles descubrieron el archipiélago a mediados del siglo XVI. Sin embargo, sólo en 1567 se realizó la primera incursión de conquista y colonización, al mando de Martín Ruiz de Gamboa, que comienza la ocupación de la Isla Grande de Chiloé, fundando las ciudades de Santiago de Castro y Chacao, que inicialmente concentraron la población hispana. Los conquistadores españoles establecieron en Chiloé el sistema de encomiendas. Este sistema consistía en el pago de tributos a la Corona española por parte de los indígenas, en la forma de trabajo prestado a los conquistadores, trabajo por el cual no reci-

bían sino, irregularmente, alimentos y asistencia religiosa. El sistema se mantiene en vigencia en Chiloé hasta 1783, cuando se le pone fin oficialmente, liberándose a los indígenas de esta obligación.

Con la primera incursión española, llegaron también los primeros misioneros mercedarios y franciscanos. En 1608 una avanzada de jesuitas llegó a Chiloé; orden religiosa que instauraría el sistema de evangelización que configuró la realidad cultural del archipiélago.

Los españoles se impusieron en el territorio encontrando poca resistencia, a diferencia de la de los agueridos mapuches de un poco más al norte. A pesar de esta sumisión al nuevo orden hispano, hubo rebeliones indígenas aisladas y ocasionales. Una de ellas fue en 1578, oportunidad en la cual sesenta piraguas se enfrentaron sin éxito contra un importante contingente español. La rebelión de mayor envergadura fue en 1712. Poco antes, algunos misioneros jesuitas habían viajado a Lima junto a representantes indígenas para denunciar los abusos cometidos por los hispanos que gozaban de encomiendas, pero las autoridades denunciaron su participación como inspiradores de una revuelta, la cual fue sangrientamente sofocada.

Durante el siglo XVII, los hispanos en Chiloé soportaron la amenaza de los piratas y corsarios. En 1600, Baltazar de Cordes, corsario holandés, ocupó la ciudad de Castro, apoyado por algunos indígenas. Los españoles lograron expulsarlo, tomando represalias contra la población local involucrada. En 1643 Hendrick Brouwer, también holandés, atacó Castro, cuya población se retiró al interior. Fueron este tipo de amenazas, y también factores de índole económica, los que determinaron la dispersión de la población hispana, que durante el siglo XVII comenzó a despoblar las ciudades y a establecerse en las tierras que ocupaban los indígenas. El mestizaje cultural y racial fue intenso: los indígenas se adaptaron al nuevo orden y abrazaron la religión de sus dominadores, y los españoles aprendieron el idioma indígena y también incorporaron algunas de sus costumbres y prácticas económicas de subsistencia.

Las ciudades tomaron cada vez más el carácter de centros de servicios y residencia ocasional, a pesar de los



esfuerzos contrarios de la autoridad española, que consideraba a las ciudades como un elemento fundamental de su sistema de dominación imperial. Serán las misiones jesuitas, y no las fundaciones hispanas, las que urbanizarán el archipiélago. A fines de la Colonia sólo cinco pueblos de Chiloé estaban fundados con el título de ciudad o villa.

La importancia estratégica de Chiloé fue siempre valorada por la Corona española, que dispuso que el archipiélago dependiera del virreinato peruano, y no de la capitanía general de Chile, como hubiera correspondido geográficamente. Chiloé se mantuvo durante toda la Colonia relativamente aislada con respecto a la zona central del país, por cuanto mediaba entre ambas la vasta región de la Araucanía, aún no sometida por los españoles. A mediados del siglo XVIII, debido a las guerras europeas, y a la amenaza de los piratas, el virreinato peruano dispuso la fortificación de la zona.

La población chilota fue profundamente leal al rey de España durante la Guerra de la Independencia que se inició en 1810. En 1826, y tras varios intentos fracasados, el ejército patriota logra doblegar la resistencia hispana en Chiloé, incorporándose el territorio a la naciente República de Chile. Cayó entonces el último bastión español en América del Sur.

Durante el siglo XIX, Chiloé experimenta un gran auge económico. La liberalización del comercio incrementa la importancia de sus puertos como puntos de escala hacia otras latitudes. La exportación de sus bosques y la actividad de sus astilleros se expanden, pero a comienzos del siglo XX se deprimen debido a la irracionalidad de la explotación del alerce y el ciprés.

A comienzos del siglo XX la apertura del canal de Panamá produjo una radical disminución del tráfico por el estrecho de Magallanes y por ende hacia los puertos chilotos, retomándose paulatinamente al anterior aislamiento del archipiélago. La actividad maderera declinó como producto de la competencia de otras fuentes productoras como por las crecientes dificultades de extracción del recurso. La ganadería y el cultivo de la papa sufrieron también problemas: en el caso del ganado, por las pestes, y en el de la papa, por su alta concentración de agua, que dificultaba su conservación.

El destino mayoritario de los emigrantes chilotos fue la Patagonia y la región del estrecho de Magallanes, ambas de intensa explotación ganadera. El vínculo entre Chiloé y Magallanes es tradicional, toda vez que desde Ancud partió en 1843 una embarcación chilena que tomó posesión del estrecho en nombre del gobierno de Chile. Hasta hoy es notorio el sello chilote en la cultura patagónica.



□ Quetaico. Fachada de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, con el cementerio en primer plano

Actualmente, la economía del archipiélago se desenvuelve en base a la explotación industrial de recursos naturales (forestales y marinos), la agricultura, la ganadería y la pesca tradicionales, incorporándose en forma creciente el turismo.

#### LOS JESUITAS Y SUS IGLESIAS

Los jesuitas, al llegar a Chiloé, iniciaron la evangelización de una población cuyo idioma desconocían, que vivía dispersa y que se comunicaba entre sí por mar. Como respuesta a estos desafíos, y en virtud de su profundo celo evangelizador, ellos crearon un sistema adaptado a las peculiares condiciones de Chiloé: la misión circulante. Ésta consistió en la realización de giras anuales de los misioneros, que se ceñían a un itinerario preestablecido. Este recorrido se realizaba durante los meses templados y menos lluviosos, permaneciendo los religiosos algunos días en cada punto. Los lugares de misión se escogieron pensando en el número de la población de su área de influencia, en la distancia entre éste y el punto antecedente y en las características geográficas del lugar. Estaban siempre cerca de la playa, para que los misioneros no perdieran tiempo en traslados terrestres. El transporte se efectuaba por mar, recurriéndose para estos efectos a eximios navegantes locales.

Originalmente, los lugares de misión no eran habitados permanentemente, sino sólo durante los días de la misión, con ocasión de la cual la población vecina se dirigía al lugar, instalándose en habitaciones provisionales. La asistencia y los servicios religiosos se realizaban en un espacio libre, a la intemperie —la explanada—, junto a

la cual se instalaban las tiendas que alojaban a los fieles. Con el tiempo y en la medida de las posibilidades, los jesuitas fueron construyendo capillas en los lugares de misión, las que se complementaron con la casa-ermita, para alojar a los religiosos. Junto a la capilla, los fieles enterraban a sus muertos, configurándose el cementerio local.

Las capillas, en un principio rudimentarias, eran construidas por la comunidad de fieles, que se constituía en propietaria de los inmuebles. Los lugareños aportaban los materiales de construcción y su trabajo; edificando las capillas desarrollaron gran maestría en el tratamiento del material constructivo más abundante en la zona, la madera. De esta manera se fue configurando el tipo de arquitectura tradicional chilota, que une los conocimientos europeos e indígenas.

La imaginería tradicional chilota se constituyó junto con la misión circular. A cada uno de los puntos de su itinerario, los religiosos llevaban imágenes de madera policromada de los santos patronos, las cuales eran veneradas durante el tiempo de la misión. Actualmente, existen unas seiscientas imágenes chilotas tradicionales. Los religiosos instruyeron a los indígenas en el arte de confeccionar estas figuras, formando talleres locales, donde trabajaban los artesanos bajo la supervisión de un religioso. Estos talleres funcionaron en el archipiélago desde el siglo XVI hasta finales del XX.

Parte fundamental de la misión circulante fue la institución del «fiscal», de gran trascendencia social y espiritual. Dada la corta estadía de los religiosos en cada lugar de misión, ellos dispusieron que un laico especialmente preparado atendiera espiritualmente durante el resto del año a los habitantes de las inmediaciones y se preocupara del cuidado de la capilla.

Los misioneros lograron que las autoridades civiles reconocieran determinados privilegios para los fiscales, como la total exención tributaria, que se traducía en la exención del servicio en encomiendas. Como signo de su investidura, los fiscales portaban un bastón terminado en cruz. Ellos fueron el sustituto de la figura del chamán o *machi*, de acuerdo a la denominación indígena. Dentro



◻ Coko. Detalle de la cabeza del Cristo de la iglesia de San Antonio



◻ Caguach. Iglesia de Jesús Nazareno ◻

del nuevo orden impuesto por el dominador, el fiscal ostentaba el poder, y ese poder emanaba tanto del dominador como del dominado. En 1621, el gobernador de Chile autorizó a los jesuitas para que designaran a los fiscales como sus representantes en las comunidades. La Iglesia católica los reconoció oficialmente en 1763, reglamentando su gestión en 1862.

La tradición de los fiscales perdura hasta hoy día y se la considera precursora de las formas de participación de los laicos en la Iglesia postconciliar. El mismo papa Juan Pablo II quiso resaltar este hecho en su homilía del 4 de abril de 1987 en Puerto Montt: «... quiero recordar también cómo los misioneros supieron hacer participar a tantos laicos en las tareas evangelizadoras, específicamente para asegurar la vida cristiana en aquellos lugares a los que ellos no podían acudir con frecuencia; fue testimonio de esta colaboración de los laicos la institución de los Fiscales, aún viva en las islas de Chiloé».

La institución de los fiscales, la construcción y mantenimiento de los templos por parte de la comunidad y, sobre todo, el éxito de la misión jesuita, son resultado del enfoque aplicado a la evangelización del indígena por parte de esta orden. Ésta asumió al indígena como sujeto activo, como protagonista de su propia vida social y religiosa. Esta concepción queda de manifiesto en el hecho de que lo primero que realizaron estos misioneros fue aprender el lenguaje y conocer la cultura indígena, cuya asistencia espiritual se efectuó en su idioma.

Hoy día la iglesia de madera es aún el centro de la trama urbana y de la vida de la mayoría de las comunidades chilotas. En el transcurso del año las personas se

organizan en función de las actividades de subsistencia: las siembras y cosechas, la recolección de mariscos y algas, el pastoreo de animales, la construcción de casas y galpones, los viajes en lancha por el archipiélago; pero, asimismo, en absoluta consideración de los eventos significativos de una religiosidad profundamente sentida.

No obstante lo anterior, en las últimas décadas la modernidad ha provocado cambios profundos en la sociedad chilota. Nuevas carreteras y una mejor conexión con el continente, además de la televisión, el turismo, los nuevos modelos de educación y de economía globalizada, amenazan seriamente las antiguas costumbres y forma de ser del chilote. La población ha aumentado considerablemente; las ciudades y pueblos se han expandido, nuevos materiales y técnicas constructivas han invadido y alterado el tradicional paisaje chilote. Algunos de estos cambios han sido inevitables, pero otros han ayudado a descubrir la importancia de lo propio. El gran desafío de esas comunidades es lograr desarrollo y bienestar sin perder las huellas y lo mejor de sus raíces e identidad.

Una mención especial merece el turismo, que en parte ha tenido positivos efectos sobre el patrimonio chilote, y que tiene una alta incidencia en la economía de la provincia, de lo cual la población está consciente. Es así como durante la temporada de verano se organizan festivales costumbristas, muestras gastronómicas y encuentros culturales. El auge del turismo también ha incidido en la apertura de numerosas salas de exposiciones, aun en localidades muy pequeñas, que quieren también exhibir piezas de artesanía, arqueología, antigüedades. El turismo ha tenido por efecto difundir los valores de las construcciones



□ Detf. Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes

chilotas, contribuyendo a la toma de conciencia en torno a la necesidad de asegurar su conservación, existiendo plena conciencia de que las iglesias y su conservación son elementos fundamentales del atractivo que reviste para el visitante este archipiélago.

#### LAS IGLESIAS DE CHILOÉ EN EL CONTEXTO SUDAMERICANO

Es difícil encontrar bienes similares a las iglesias de Chiloé. Desde el punto de vista cultural, ellas corresponden al conjunto de misiones jesuíticas que la orden de la Compañía fundó en América del Sur a partir del siglo xvi. Ahora bien, Chiloé en Chile, y Moxos y Chiquitos en Bolivia, son los únicos sistemas misionales que permanecen vigentes y vivos dentro de esta área geográfica. El caso de Chiloé se diferencia del de Moxos y Chiquitos, en que aquí se trata de misiones dispersas, no de misiones concentradas —reducciones— como en los casos bolivianos.

Desde el punto de vista urbanístico, existe similitud entre el caso chilote y el de las misiones guaraníes de Paraguay. En Paraguay, la capilla y sus dependencias se sitúan también en el fondo de la plaza, como en Chiloé, donde la explanada antecede en su origen y en su emplazamiento a la iglesia. Desde el punto de vista de la forma

de la nave, y del volumen techado a dos aguas, las iglesias de Chiloé tienen una relación clara con las de la primera etapa de las misiones de Paraguay y con las de Moxos y Chiquitos. A una y otras les falta, sin embargo, el elemento característico de las iglesias chilotas, la torre-fachada. Por otra parte, si en la primera época de las misiones paraguayas y en Moxos y Chiquitos, se utilizó madera para construir, junto con otros materiales, en Chiloé se usa exclusivamente madera y las uniones son de ensamblés o tarugos.

La técnica de construcción y la arquitectura de las iglesias de Chiloé son propias del lugar: los antecedentes (España, Bavaria) fueron adaptados y reformulados. Debieron originarse en la conjunción entre las habilidades de la población local en el tratamiento de la madera y los conocimientos de los jesuitas y franciscanos europeos. Es interesante hacer notar que las iglesias chilotas combinan en una solución original dos tradiciones: la centroeuropea, a través de la torre-fachada, y la latina, a través de la planta basilical. Efectivamente, las iglesias centroeuropeas con torre-fachada tienen en su mayoría una sola nave; las de tres naves tienen entradas laterales.

#### LA PROTECCIÓN DE LAS IGLESIAS DE CHILOÉ COMO MONUMENTOS NACIONALES

En Chile, la legislación fundamental para la protección del patrimonio cultural es la Ley n.º 17.288, de Monumentos Nacionales de 1970. Esta ley reemplaza al Decreto Ley n.º 651, que regulaba la misma materia desde 1925. La Ley n.º 17.288 regula la composición, atribuciones y funciones del Consejo de Monumentos Nacionales, encargado de la tución y protección de estos bienes. Este organismo está compuesto por representantes de diversas instituciones públicas y privadas, y depende del Ministerio de Educación. El Ministro de Educación, por atribución concedida por el presidente de la República, es quien actualmente dicta los decretos de declaración de monumentos nacionales.

La Ley n.º 17.288 establece cinco categorías de Monumentos Nacionales. Corresponde a las iglesias de Chiloé, por sus características, la categoría de Monumento





Histórico, a los que la propia legislación define como «los lugares, ruinas, construcciones y objetos de propiedad fiscal, municipal o particular que por su calidad e interés histórico o artístico o por su antigüedad, sean declarados tales por decreto supremo, dictado a solicitud y previo acuerdo del Consejo» (artículo 9). La declaración de un Monumento Histórico, que se efectúa por decreto, implica que toda intervención en los inmuebles —conservación, restauración, remodelación— debe ser autorizada por el Consejo de Monumentos Nacionales.

La conservación de estos templos ha sido tradicionalmente realizada en el espíritu de *minga*, es decir, de trabajo solidario y comunitario. El papel de las comunidades, junto al de la autoridad eclesiástica, es esencial e irremplazable, y quizás uno de los mayores desafíos con relación a los templos chilotos es proveer herramientas para reforzar y potenciar ese rol.

Luego de obras pioneras realizadas por el Estado en las décadas de 1950 y 1960 en la iglesia de Achao, fueron otros actores los que con más fuerza asumieron esta ineludible labor. Gracias a las gestiones de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile —en

virtud de un convenio con el Obispado de Ancud—, y luego de la Fundación Amigos de las Iglesias de Chiloé, se recabó el apoyo de instituciones nacionales e internacionales, entre las que se debe mencionar a la Fundación Andes, empresas como ESSO y Correos de Chile, las respectivas municipalidades, el World Monuments Fund, la Agencia Española de Cooperación Internacional y la Unión Europea. Luego de la inscripción de las iglesias de Chiloé en la lista del Patrimonio Mundial, el Estado se ha comprometido con un financiamiento anual para los templos; el Fondo del Patrimonio Mundial de la UNESCO también está aportando, y se cuenta con nuevos participantes en esta *minga* internacional, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

#### LAS IGLESIAS DE CHILOÉ COMO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Actualmente, existen en el archipiélago de Chiloé unas sesenta iglesias que corresponden a una tipología, la cual ha sido denominada por los arquitectos como Escuela Chilota de Arquitectura Religiosa en Madera. Su carácter de «escuela» viene dado por constituir estos inmuebles un «tipo», cuyo devenir y transformaciones los han establecido en el plano cultural como un «arquetipo». Sus elementos básicos son la explanada, el volumen horizontal, la torrefachada, la bóveda y el sistema constructivo. Estos elementos se han mantenido constantes a lo largo del tiempo.

De ese conjunto de iglesias, dieciséis han sido declaradas como Patrimonio de la Humanidad en el año 2000. Se seleccionaron en una primera etapa los mayores y más significativos exponentes de esta tipología, según su valor artístico-arquitectónico, su importancia histórica y su valor dentro de la comunidad chilota.

El conocimiento de la mentalidad y forma de vida chilotas, que se materializan en las iglesias, nos ponen de relieve una serie de valores humanos, tales como la soli-



□ Quicaví. Angarilla para imágenes y bote angarilla para la procesión de San Pedro, patrono de los pescadores.

daridad, la participación, el sentido de comunidad y el deseo de trascendencia. Es por ello que las iglesias de Chiloé representan un patrimonio tangible tanto como intangible, de valor universal.

El proceso de elaboración del expediente de postulación de las iglesias de Chiloé ante la UNESCO fue una labor ardua, hecha en el espíritu de *minga*. Mediante la coordinación del Consejo de Monumentos Nacionales se logró una amplia participación de especialistas, instituciones y, sobre todo, de la comunidad y de las autoridades locales, regionales y nacionales. El obispo de Ancud, monseñor Juan Luis Ysern, fue el mayor defensor del proyecto, pero al mismo tiempo nunca dejó de señalar con fuerza que los mayores valores de las iglesias residían en la comunidad que les daba vida y continuidad. Entre los especialistas, quien se destacó por su persistencia en el tiempo y en superar todos los obstáculos fue el arquitecto Hernán Montecinos. Él supo coronar con éxito el trabajo pionero realizado por Roberto Montandón, quien impulsó la primera declaración de una iglesia de Chiloé como monumento nacional en 1951. Una vez entregado el expediente, el arquitecto venezolano Ramón Paolini fue el experto de ICOMOS encargado de evaluar el trabajo y los valores patrimoniales universales de las iglesias que nosotros postulábamos.

Nuestro trabajo consideró que las iglesias de Chiloé cumplían con los criterios de valor universales ii), iii), v) y vi) establecidos por UNESCO en las *Directrices Operativas para la Implementación de la Convención del Patrimonio Mundial*. El criterio segundo, porque las iglesias de Chiloé exhibían un importante intercambio de valores humanos, durante un período y dentro de un área cultural del mundo, con relación al desarrollo de la arquitectura, de la tecnología, de la planificación urbana y de la intervención en el paisaje. El tercero, porque las iglesias eran el testimonio excepcional de la tradición cultural chilota, aún vigente.



En el caso del quinto, porque eran el testimonio excepcional de un sistema de asentamiento humano y uso de la tierra tradicionales, característico de una cultura que puede volverse vulnerable a cambios irreversibles. Y finalmente en el último, porque las iglesias estaban asociadas a eventos y tradiciones vivas, y a ideas y creencias de importancia universal excepcional.

La declaración de Patrimonio de la Humanidad para estas iglesias de Chiloé tiene una tremenda significación para su conservación. Debido a su antigüedad y materialidad requieren de especiales y permanentes cuidados. Muchas de ellas han sido destruidas en el pasado debido a incendios y al rudo clima que soportan. Múltiples acciones, entre ellas la de la Cooperación Española, han ayudado a recuperar parte de estos templos. Hoy, el Obispado de Ancud, la Fundación de Amigos de las Iglesias de Chiloé, diversas universidades y empresas, el Consejo de Monumentos Nacionales y la comunidad son responsables para que este patrimonio del pueblo chilote sea también de la humanidad.

□ ÁNGEL CABEZA MONTERA, *arqueólogo*  
SUSANA SIMONETTI, *historiadora*

